

www.elboomeran.com/

J.M.G. Le Clézio

Arde corazón

y otros relatos

Traducción de Mariano García



Adriana Hidalgo editora

narrativas

Título original: *Cœur brûlé et autres romances*

Traducción: Mariano García

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

Producción: Mariana Lerner

1ª edición en Argentina

1ª edición en España

© Editions Gallimard 2000

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2018

www.adrianahidalgo.es

ISBN Argentina: 978-987-4159-22-9

ISBN España: 978-84-16287-12-3

*Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la publication
Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien d'Institut français d'Argentine.*

Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación
Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del *Institut français d'Argentine*.

Impreso en España

Depósito Legal N°: M-30861-2017

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en Artes Gráficas Cofás,
en el mes de marzo de 2018.

www.elboomeran.com/

ARDE CORAZÓN
Y OTROS RELATOS

ARDE CORAZÓN

Ler lamontagn brilé tou dimoun koné

Lerla ker brilé ki koné?

[Se sabe que es el fuego cuando arde la montaña,
cuando el corazón arde, ¿qué se sabe?]

I

A quien quisiera ver es a Malva, solamente a Malva, tal como aparece en la foto del verano del 82, de unos tres años, un pedacito de mujer vestida con bañador blanco y una camiseta adornada con un Tweety amarillo canario, frente a la casa de la calle de los Tulipanes y el tramo de jardín invadido por la maleza, con toda la banda de niños, Josefina, llamada Pina, la mayor, Rosalba la Güera, muy pálida, de aspecto enfermizo, Clementina, la pequeña Maira, Beto el pastor y Carlos, al que llamaban Carlos Quinto, de pie algo más adelante que los otros, la camisa abierta sobre la panza, los cabellos largos como una chica a causa de una promesa que había hecho su madre para que mejorara de una rubeola maligna. Seguramente estaba Chabela, la huérfana, pero no quería aparecer en la foto, siempre en harapos, el rostro ennegrecido por el humo y los cabellos crespos erizados sobre su cabeza y enredados con briznas de paja. Y en la casita de cemento vecina, la madre de Pina, una linda mujer algo lánguida, que pasaba el tiempo pintándose las uñas, y al lado de ella su abuelo, un viejo que tenía aspecto de gurú y que llamaba a las abejas aporreando con una cuchara una vieja cacerola.

Clémence quisiera que ese tiempo aún durase. En la foto, Malva está apretada contra ella, sus bracitos rechonchos levantados hacia atrás buscando las manos de su hermana, una sonrisa tímida, casi una mueca previa al llanto en su cara muy redonda. No sabía hablar bien, decía “abua” cuando tenía sed, “duce” cuando quería un caramelo. Clémence nunca se separó de esta foto, incluso años y años más tarde, cuando era estudiante en Burdeos había pegado la foto con cinta adhesiva a la pared de su habitación en la Escuela de Magistratura. Era la imagen verdadera de Malva, más verdadera que toda la realidad que vino después. La foto empalideció, reseca por el sol, pasó del refrigerador a la repisa de la chimenea, para terminar en su despacho en el Palacio, donde está de pie algo torcida contra un archivador, calzada por la taza de lápices. Pero nunca, nunca *jamás*, Clémence la hubiera enmarcado. En la imagen, la camiseta se volvió amarillo sucio, la pared blanca se ve como arañada y los hierbajos se marchitaron. Pero Carlos Quinto está siempre de un tono moreno muy oscuro, con sus cabellos sobre los hombros como un jíbaro. Cada vez que Clémence contempla la foto puede sentir todavía el calor de la calle, el sol de mediodía que quema la tierra polvorienta. Un poco más lejos, pasada la casa de Scooby-doo, en la esquina, estaba el grifo de agua potable, y la fila de mujeres que aguardaba para llenar sus cacerolas o sus cubos hechos con cajas de grasa con un palo a guisa de agarradera. Clémence llevaba a Malva con ella para ir a buscar agua. Malva tenía temor

a las avispas que se arremolinaban en torno al grifo. Era allí donde los niños se encontraban a la misma hora de la tarde, después de clase. Rosalba y Pina, pero también Beto, y Chabela que no iba a la escuela. El agua corría en un hilo delgado, pero era limpia y pura. Al principio Hélène cocinaba con el agua del pozo, pero todas habían tenido problemas renales y Eduardo les dijo que el agua era mala a causa de los pesticidas que los granjeros derramaban por todas partes en sus tierras. El agua del grifo era fría, venía de una fuente al pie del volcán, del otro lado del pueblo. A veces el agua dejaba de correr. La gente decía que la fuente se había secado porque los ricos de los nuevos barrios, al otro lado del canal, tenían piscinas en sus jardines. Sus barrios se llamaban Resurrección, Paraíso, Ensueño, nombres de ese estilo que no cumplían con su promesa. El agua escaseaba un poco por todas partes en lo alto del pueblo, y en el barrio de San Pablo había una cola de un kilómetro ante el grifo, mujeres que esperaban horas para llenar sus cubos.

Para los niños no se trataba en verdad de un trabajo pesado. Siempre había juegos, risas y gritos. Se tiraban agua, los cubos se derramaban. Beto llegaba en su vieja bicicleta todo terreno cuyo asiento se tambaleaba, partía llevando las cajas llenas de agua en equilibrio sobre el manubrio, sobre el cuadro. Antes de llegar al grifo para llenar la marmita, Clémence llevaba a Malva a ver al mono araña atado con una cadena en el jardín de una vieja casa al final de la calle. Nunca había nadie en esa casa, tan sólo ese gran simio negro de pelo tieso, malvado, patético, que

en cada oportunidad fingía atacar, expuestos los caninos amarillos en una mueca desagradable. Malva se apretaba contra Clémence, ocultaba su rostro, luego arriesgaba un vistazo y a continuación ambas escapaban riendo. Todo aquello estaba tan lejos y sin embargo tan vivo... Clémence jamás olvidó aquel tiempo, volvía a sumergirse en él a cada instante como en un sueño interrumpido.

Ahora, por las noches, Clémence ya no conseguía dormir. No pasaba una noche tranquila desde que Malva había partido. Cada mañana, hacia las tres, las cuatro, era despertada por un timbrazo, breve pero insistente, se incorporaba sudando en su cama, con fuertes latidos. Paul dormía tranquilamente a su lado, roncando un poco.

Entonces Clémence lo eliminó todo. Obstinadamente, como quien sigue un plan secreto, desechó las relaciones de estudios, las veladas con amigos. Paul no comprendió su decisión de dormir en su escritorio, en el sofá. Lo hizo sin gritos ni reproches, el rostro obstinado, con aire de indiferencia, para no hacer más el amor, para rechazar la ternura que trae el olvido y calma las quemaduras.

Había hecho muchísimo calor el verano en que Malva partió. El asfalto se derretía en las calles, las plantas se secaban en sus tiestos. El cielo estaba bajo, se mezclaba con el mar gris, un agua pesada, plúmbea, que apenas se movía, y por la tarde todo adquiriría un tinte rosa perlado, delicioso y malsano. Clémence recordaba esos días, como si el calor y el color del cielo y del mar hubieran jugado un papel determinante en la huida de Malva, la hubiesen conducido al desastre, a la destrucción. Este aire, esta agua,

cerrados, asfixiantes, habían entrado en Malva, la habían arrastrado hasta el fondo.

Todo había ocurrido durante aquel verano ardiente, cuando Hélène se instaló en Cannes, en un apartamento amueblado de la rue d'Antibes con Jean-Luc, su nuevo compañero. Estaba ese delincuente, ese miserable al que llamaban Red a causa de su pelo, su verdadero nombre era Laurent, y este hombre Stern, supuesto fotógrafo, aficionado a las muchachitas descerebradas, y que hizo caer a Malva en su trampa. Era lo que Clémence quería creer, pero en el fondo ella sabía positivamente que el mal era más complicado, que venía de más lejos.

Cuando caía la noche, en otro tiempo. Cuando caía la noche había una fiebre, una impaciencia. Se hubiera dicho que una fiesta se preparaba. Sobre todo los días buenos, en septiembre, octubre, noviembre. El aire era suave y fresco, había campanillas en flor sobre las cercas, orugas brillantes colgadas de briznas de hierba. Los sapos cantaban en los arroyos, los niños encendían fuegos en la calle de los Tulipanes, con pedazos de banastas, con ramitas. La caja de fósforos circulaba de mano en mano. Aun los más pequeños como Maira arrojaban al fuego ramas viejas, hierba seca, papeles. Las chispas se arremolinaban, subían al cielo. Carlos Quinto gritaba, corría a lo largo de la pared de ladrillo, los cabellos revueltos, un resplandor rojo en la cara. Tenía aspecto de niño salvaje.

A continuación comenzaban los juegos. Clémence no lo olvidó. La calle les pertenecía. Las chicas se tomaban

de la mano, avanzaban con paso cadencioso, bloqueando toda la calzada. Cantaban: *¡Amo, ato, matarilerilero!*

Del otro lado de la calle se formaba un grupo de muchachos, también algunas chicas con ellos, Beto, Eriberto, el Gordo, Pastora. A Chabela no le gustaba estar del lado de las chicas. Se mantenía a cierta distancia, del lado de los varones, encorvada hacia adelante, los brazos separados, erizada como un mono araña. Ellos respondían en eco, a voz en grito: *¡Amo, ato, matarilerilero!*¹ Las chicas avanzaban: *¡Qué quiere usted? ¡Matarilerilero!* Los varones se burlaban: *¡Queremos dulce, matarilerilero!* Las chicas seguían avanzando, gritando: *¡Y qué más pide? ¡Matarilerilero!* Los varones: *¡Nos dan un beso! ¡Matarilerilero!* Las chicas se detenían: *¡Ni un hueso! ¡Matarilerilero!* Luego daban media vuelta y cada grupo regresaba a su sector de la calle, y otro grupo se formaba y recomenzaban.

Los adultos estaban sentados frente a sus casas observando, y el grito brotaba de nuevo en la calle oscura, con toda la fuerza de las voces claras de los niños, como un llamado: *¡Amo, ato, matarilerilero!*

Así era todas las noches, hasta las once, a veces hasta medianoche. Las chicas sólo pensaban en eso, por la noche, en los juegos en la calle, en los fuegos que brillarían, en los gritos, en las risas. El resto del día la calle era de los camiones que iban y venían hasta la cooperativa de empaquetado Anáhuac. A primera tarde, cuando el sol quemaba la tierra, los borrachines bebían frente al local del

¹ Se respetan las itálicas y el español del original [N. del T.].

vendedor de cerveza, luego se dormían a la sombra de las acacias y los ceibos. Había ruidos, nubes de polvo. Bajo el látigo de los indios de Capacuaro, las caravanas de mulas bajaban de la sierra, la boca despellejada por los cabestros, llevando las cortezas de madera al aserradero. Viejas indias las seguían, envueltas en sus chales azules, llevando aguacates, mangos, peras minúsculas duras como madera. En el calor de la tarde, hasta los perros permanecían indiferentes. Eran amarillos, voraces, peligrosos. Venían del barrio de los Paracaidistas, junto al canal. Scooby-doo se escapaba y los perseguía, pero a veces se aliaban contra él y lo hacían huir mostrándole sus colmillos llenos de baba.

Clémence piensa en la calle de los Tulipanes, de pronto está muy lejos de su despacho de juez, sale de su cuerpo y se vuelve a encontrar allá, en otro planeta, como en un gran jardín que ni ella ni Malva deberían haber abandonado jamás.

Cuando caía la noche, la calle de los Tulipanes era de los niños. Los autos, los camiones ya no pasaban por allí. Los adultos se retiraban, permanecían en el escalón de sus puertas casi sin hablar, quizás para recordar. Los niños habían comido muy deprisa su pan dulce y bebido su vaso de leche, para estar lo más pronto posible en la calle.

Clémence había aprendido muy rápido. Al comienzo dejaba a Malva en casa con Hélène y Édouard Perrine que fumaba un cigarro. Malva tenía miedo de los fuegos, los gritos de los niños la hacían acurrucarse contra las piernas de su madre.

Luego una tarde, Clémence no recordaba cómo, Malva puso su manita en la de ella y juntas salieron a la